

parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la había dado, y el tiempo que había tardado en el camino: díjome que acaso, pasando por una calle de la ciudad á la hora de medio día, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: Hermano, si sois cristiano como pareéis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á Nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo con esa carta que os he dado; y luego, sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió cómo yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba; y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérsela, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dársela, y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podía sostenerme. En efecto, abrí la carta, y ví que contenía estas razones:

La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios plega que esta llegue á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

Estas, en suma, fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro

conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro día me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocía yo; mas no como debía ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues que, así como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mis determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza; púsoseme el sol de mi alegría; quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podía moverme á parte alguna; pero, considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa; y como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento



para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso." Á esto le respondió el cura que, no solo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. "Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh quién se atreviera á salir entonces diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú sí, y el acabármela la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora, que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice; ahora, que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *si quiero*; y lo mismo dijo Don Fernando; y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella, poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo, viendo en el sí que habia oído burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar

en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado; y en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que, puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogermela tan mala eleccion que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles Don Fernando no pudieran ellos mismos acertar á deseear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de